

con tanta boca abierta. En esto, en el gran salón, bajo las cinco arañas, un vals que la orquesta tocaba con estruendos de trompetería, mecía á las parejas, al hijo del administrador general de contribuciones con la hija del alcalde, á uno de los substitutos con una señorita vestida de azul. Pero una pareja, sobre todo, levantaba un murmullo de admiración; formábanla el comisario central y la esposa del provisor, garbosamente enlazados y girando con lentitud; Gilquin habíase dado prisa para vestirse con toda corrección, con frac negro, botas charoladas y guante blanco; la linda rubia le había perdonado su tardanza, languidamente apoyada en su hombro y con los ojos anegados de ternura. Gilquin hacía que se fijasen en sus movimientos de caderas, echando atrás su torso de diestro bailarín de bailes públicos, con puntas y ribetes canallescós, cuyo delicado gusto entusiasmaba á la galería. Rougón, á quien la pareja por poco atropella, tuvo que arrimarse á la pared, para dejarle pasar, envuelto en una oleada de muselina estrellada de oro.

## XII

Rougón había obtenido por fin para Delestang la cartera de Agricultura y Comercio. Una mañana, en los primeros días de mayo, fué á la calle del Coliseo, en busca de su nuevo colega. Debía de haber consejo de ministros en Saint-Cloud, en donde la corte se acababa de instalar.

—¡Calle! ¿nos acompaña usted?—dijo con sorpresa al ver á Clorinda, que subía en el landó enganchado al pie de la escalinata.

—Pues ya lo creo que pienso asistir al consejo—contestó la joven riendo.

Y luego agregó con seriedad, cuando hubo acomodado entre los asientos los volantes de su larga falda de seda color de cereza pálido.

—Me ha citado la emperatriz. Soy tesorera de una sociedad protectora de obreras, por la cual Su Majestad se interesa.

Ambos caballeros subieron á su vez. Delestang tomó asiento al lado de su mujer; llevaba una cartera de abogado, de tafíete, que sostenía en las rodillas. Rougón, con las manos libres, se encontró en frente de Clorinda. Eran cerca de las nueve y media, y el consejo estaba señalado para las diez. El co-



chero recibió orden de apresurarse. Para acortar camino, echó por la calle de Marbeuf y se internó en el arrabal de Chaillot, que la piqueta de los demolidores acababa de empezar á echar abajo. Eran aquéllas calles desiertas, rodeadas de jardines y de construcciones de tablas, callejuelas cortadas, estrechas plazuelas de provincia, plantadas con raquíuticos árboles, todo en un rincón degenerado de gran ciudad, calentándose en una ladera, al sol de la mañana, con quintas y puestecillos de venta, sin orden ni concierto.

—¡Qué feo es todo esto!—dijo Clorinda, retrepada en la testera del landó.

Habíase medio vuelto del lado de su marido y se fijó en él un instante, con el semblante grave; y, como á pesar suyo, se sonrió. Delestang correctamente abrochado en su levita, hallábase sentado con dignidad, con el cuerpo en un justo medio, ni demasiado adelante ni demasiado atrás. Su bello rostro pensativo, su prematura calvicie que le despejaba la frente, eran parte para que los transeuntes volvieran la cabeza. La joven paró mientes en que nadie miraba á Rougón, cuyo tosco semblante parecía dormir. Entonces, por modo maternal, tiró un poco del puño del brazo izquierdo de su marido, demasiado cubierto bajo la bocamanga.

—¿Qué ha estado usted haciendo esta noche?—preguntó al grande hombre, viéndole ahogar con los dedos un bostezo tras otro.

—He trabajado hasta muy tarde, y estoy rendido de cansancio—murmuró.—Y luego para una infinidad de asuntos á cual más tonto.

Y la conversación volvió á decaer. Ahora, era á él á quien la joven estudiaba. Dejábase llevar el ministro por las ligeras sacudidas del carruaje, con

la levita deformada por sus anchos hombros, con el sombrero mal cepillado, que conservaba las huellas de antiguas gotas de lluvia. Clorinda guardaba memoria de haber comprado el mes anterior un caballo á un chalán, que se le parecía. De nuevo volvió á sonreír con un tantico de desdén.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntó de mal talante Rougón, viendo que no le quitaba ojo de encima.

—Pues que le estoy mirando á usted—le contestó.—¿Acaso no está permitido?... ¿ó quizás tiene usted miedo de que se le coman?...

Y soltó esta frase con ademán provocativo, exhibiendo sus blancos dientes. Pero él lo echó á broma.

—Soy demasiado gordo, y no pasaría.

—¡Oh! ¡buen hambre que se tuviera!—dijo seriamente, después de haber parecido consultar su apetito.

El landó llegaba por fin á la puerta de la Muette. Al salir de las estrechas y miserables callejuelas de Chaillot, aquello fué una repentina dilatación del horizonte en los suaves verdores del Bosque. La mañana se ofrecía esplendente, bañando en lontananza las praderas con dorada luz y llevando un tibio estremecimiento á la infancia de la arboleda. Dejaron á la derecha el parque de los gamos y tomaron el camino de Saint-Cloud. Ahora ya el carruaje rodaba sobre la enarenada avenida, sin la menor sacudida, con ligereza y suavidad de trineo desliziéndose sobre la nieve.

—¡Este pavimento sí que es agradable!—repu-so Clorinda, extendiéndose.—Aquí se respira, se puede hablar... ¿Habría usted recibido noticias de nuestro amigo Du Poizat?

—Sí—dijo Rougón,—goza de la mejor salud.



—¿Sigue contento de su departamento?

Rougón hizo un gesto indefinido, como queriendo evadirse de contesatr. La joven debía de estar al tanto de ciertas inquietudes que el prefecto de los Deux-Sèvres empezaba á darle, por la dureza de su administración. No insistió más, y habló del señor Kahn y de madama Correur, pidiéndole detalles sobre su viaje á aquellas tierras, con semblante de maligna curiosidad. En seguida cortó la conversación, para exclamar:

—¡A propósito! ayer me tropecé con el coronel Jobelin y su primo el señor Bouchard. Estuvimos hablando de usted... Sí, estuvimos hablando de usted.

Rougón se encogió de hombros como si la cosa le importara un pito, y siguió sin decir una palabra. Entonces Clorinda recordó el pasado.

—¿Hace usted memoria de nuestras sencillas y agradables veladas de la calle de Morbeuf? Ahora tiene usted demasiados quebraderos de cabeza, no es posible acercarse á usted. Sus amigos ponen el grito en el cielo. Están en que usted les olvida... Yo, como á usted le consta, lo digo todo. Pues bien, amigo mío, se le trata á usted nada menos que de olvidadizo para con sus amigos.

En aquel instante, como el coche acabase de pasar por entre los dos lagos, se cruzó con una berlina, que regresaba á París. Vióse un rostro ordinario hundirse en la testera del vehículo, sin duda para evitar un saludo.

—¡Pero si es su cuñado de usted!—exclamó Clorinda.

—Sí, está enfermo—contestó Rougón con cierta sonrisa.—Su médico le ha ordenado que pasee por las mañanas,

Y de repente, dejándose llevar por sus pensamientos, prosiguió mientras que el landó se deslizaba bajo los corpulentos árboles, á lo largo de una avenida de curva suave:

—¿Qué quieren ustedes? Haga lo que haga, no puedo darles la luna!... Ahí tienen ustedes á Beulin-d'Orchère, que sueña en ser guardasellos. Yo he hecho lo imposibles y he sondeado al emperador, sin poder conseguir nada. El emperador, estoy por decir, le tiene miedo. No es culpa mía, ¿no les parece á ustedes? Beulin-d'Orchère es primer presidente. Esto debería bastarle ¡qué demonio! en espera de cosa mejor. ¡Y evita el saludarme!... Es tonto de capirote.

Entretanto, Clorinda, con los ojos bajos y jugando con los colgantes de su quitasol, no se movía. Dejábale hablar á su sabor, y no perdía una sola frase.

—Los demás no son mucho más razonables. Si el coronel y Bouchard se lamentan, hacen muy mal, pues ya he hecho demasiado por ellos... Y en iguales términos hablo de todos mis amigos. Son obra de una docena, y, ¡como hay Dios! que en conjunto, constituyen un lindo peso sobre mis hombros. Mientras no me arranque el pellejo, no se darán por satisfechos.

Se calló y luego prosiguió con ingenuidad:

—¡Bah! si tuviesen necesidad absoluta, hasta se lo llegaría á dar... Cuando se tienen las manos abiertas, no es ya empresa fácil poderlas cerrar. A pesar de todo lo mal que mis amigos hablan de mí, yo me desvivo un día tras otro solicitando para ellos la mar de favores.

Y, tocándole en la rodilla, como obligándola á que le mirase:



—Vamos á ver—dijo.—Voy á hablar con el emperador esta mañana... ¿No tiene usted nada que pedir?

—No, gracias—le contestó con sequedad.

Y como Rougón insistiese, se incomodó, acusándole de echarles en cara los escasos favores que había podido prestarles, á ella y á su marido. No serían ellos quienes seguirían siendo para él una carga pesada. Y terminó diciendo:

—Ahora todos mis asuntos los desempeño personalmente. Soy ya bastante grandecita para el caso.

En esto el carruaje acababa de salir del Bosque. Atravesaba Boulogne, en medio del estruendo de un sin fin de carromatos, á lo largo de la calle Mayor. Hasta entonces Delestang había permanecido en el fondo del landó, tranquilo, con las manos sobre la cartera de tafilète, sin pronunciar una sílaba, como entregado á alguna alta especulación intelectual. Luego se inclinó y gritó á Rougón en medio del estrépito:

—¿Cree usted que Su Majestad nos convidará á almorzar?

Rougón hizo un gesto de duda; y dijo en seguida:

—Se almuerza en palacio cuando el consejo se prolonga.

Delestang volvió á su rincón, en donde pareció nuevamente entregado á una cavilación de las más graves. Mas inclinóse por segunda vez para hacer esta pregunta:

—¿Cree usted que habrá muchos asuntos de que tratar en el consejo de hoy?

—Tal vez sí—contestó Rougón.—Esto nunca se sabe á ciencia cierta. Tengo para mí que muchos de nuestros colegas deben de dar cuenta de ciertos

trabajos... Yo, sea como sea, he de suscitar la cuestión de ese libro á consecuencia del cual me hallo en un conflicto con la comisión de vendedores ambulantes.

—¿Qué libro?—preguntó vivamente Clorinda.

—Una bestialidad, uno de esos libros que se escriben para los campesinos. Llamán á eso *las Veladas del honrado Jacobo*. Es una mesa revuelta, en que se trata de socialismo, de hechicería, de agricultura y hasta hay en él un artículo celebrando las ventajas de la asociación... Un libraco peligroso, y pare usted de contar.

La joven, cuya curiosidad no debía de quedar muy satisfecha, se volvió como para interrogar á su marido.

—Es usted muy severo, Rougón—declaró Delestang.—Yo he leído ese libro y he descubierto en él muy buenas cosas; el capítulo sobre la asociación está muy bien escrito... Mucho me sorprendería que el emperador condenase las ideas que en él se sustentan.

Rougón iba á montar en cólera; abrió los brazos en ademán de protesta; pero se sosegó súbitamente, como no queriendo discutir; no volvió á abrir la boca, limitándose á dirigir sus miradas al paisaje, á ambos lados del horizonte. El landó hallábase entonces en mitad del puente de Saint-Cloud; allá abajo, el río, atornasolado por la irradiación del sol, ofrecía durmientes sábanas de azul celeste; mientras que las hileras de árboles, costeano las orillas, proyectaban en el agua vigorosas sombras. El inmenso cielo reflejaba, arriba y abajo de la corriente, una blanca limpidez primaveral, apenas matizada de cabrilleo azul.

Cuando el carruaje se detuvo en el patio del



castillo, Rougón bajó el primero y tendió la mano á Clorinda; mas ésta hizo como que no aceptaba aquel apoyo, y saltó ligeramen'e á tierra. Después, como él continuase con el brazo extendido, la joven le dió un golpecito con la sombrilla en los dedos, diciendo entre dientes:

—Ya le tengo dicho á usted que no soy ninguna niña.

Y pareció haber perdido el respeto á los enormes puños del maestro, que en otro tiempo retenía por buen rato en sus manos de educanda sumisa, á fin de robarle un tanto de su fuerza. Ahora pensaba ya sin duda, haberlos empobrecido y esquilado lo bastante; ya no gastaba aquellas adorables zalamerías de discípula. A su vez, crecida en potencia, convertíase en dueña y señora. Cuando Delestang se hubo apeado, dejó que Rougón entrase primero, para susurrar al oído de su esposo:

—Creo que no irás á impedirle que se despache á su gusto hablando de su honrado Jacobo. Aquí se te presenta la ocasion de no decir siempre lo mismo que él.

En el vestíbulo, antes de separarse de su marido, le dirigió de arriba abajo una última mirada, y sintióse contrariada por un botón de la levita que tiraba y le hacía arrugas en la tela; y, en tanto que un ujier la anunciaba en la habitación de la emperatriz, miróles desaparecer, á Rougón y á él, con rostro sonriente.

El consejo de ministros se celebraba en un salón contiguo al gabinete del emperador. En el centro, una docena de sillones rodeaba una gran mesa, cubierta con tapete. Las ventanas, altas y transparentes, daban á la terraza del castillo. Cuando entraron Rougón y Delestang, todos sus colegas se

encontraban ya reunidos, exceptuando el ministro de Obras públicas y el de Marina y las Colonias, á la sazón con licencia. El emperador no se había presentado todavía. Aquellos señores estuvieron hablando cosa de diez minutos, en pie delante de las ventanas ó agrupados alrededor de la mesa. Dos de ellos tenían cara de pocos amigos, que se detestaban hasta el punto de no dirigirse nunca la palabra; pero los demás, con el semblante amable y risueño, se presentaban muy tranquilos, en espera de los asuntos graves. París se ocupaba entonces de la llegada de una embajada venida del Extremo Oriente, con trajes extraños y maneras de saludar extraordinarias, que era lo que había que ver. El ministro del Exterior refirió una visita que había devuelto el día anterior, al jefe de aquella embajada; burlábase con la mayor gracia, aunque guardando toda corrección. Luego la conversación recayó sobre los asuntos más frívolos; el ministro de Estado se vino con informes referentes á la salud de una bailarina de la Opera, que estuvo á pique de romperse una pierna. Y hasta aquellos señores, dejándose llevar, permanecían alerta y con mucho ojo, estudiando ciertas frases, atrapando medias palabras, atisbando sonrisas y poniéndose de súbito serios, en cuanto se sentían vigilados.

—De modo que fué una simple contusión—dijo Delestang, quien se interesaba en gran manera por las bailarinas.

—Sí, una mera contusión—repió el ministro de Estado.—La pobre mujer quedará en paz con guardar tan sólo quince días de encierro... Está avergonzadísima por haberse caído.

Un ligero rumor les hizo volver la cabeza. To-



dos se inclinaron; el emperador acababa de entrar. Quedóse un instante apoyado en el respaldo de su sillón, y preguntó lentamente y con su apagada voz:

—¿Sigue mejor?

—Mucho mejor, señor,—contestó el ministro inclinándose otra vez.—Esta mañana he tenido de ella noticias.

A un ademán del emperador, los miembros del consejo ocuparon sus respectivos asientos en torno á la mesa. Eran nueve; muchos pusieron papeles delante; otros se retreparon, mirándose las uñas. Reinó un instante de silencio. El emperador parecía no sentirse muy bien; retorciase las guías del bigote y su rostro aparecía con muestras de cansancio. Después, como nadie hablase, pareció como que hacía memoria de algo, y pronunció algunas palabras.

—Señores, la sesión del Cuerpo legislativo va á terminar.

Tratóse primero de los presupuestos, que la Cámara acababa de votar tras una discusión de cinco días. El ministro de Hacienda indicó las aspiraciones expresadas por el informante. Por la primera vez la Cámara prestaba veleidades de crítica. Así pues, el informante aspiraba á ver que la amortización funcionara por modo normal y que el gobierno se satisficiera con los créditos votados, sin recurrir á la continua á demandas de créditos suplementarios. Por otra parte, había miembros que se habían lamentado del poco ó ningún caso que el Consejo de Estado hacía de sus observaciones, siempre que trataban de reducir la importancia de ciertos gastos. Uno de ellos había reclamado para el Cuerpo legislativo el derecho de formar los presupuestos.

—Según mi manera de ver, no ha lugar á to-

mar en consideración esas reclamaciones—dijo el ministro de Hacienda al dar fin á su perorata.—El gobierno forma sus presupuestos con la mayor economía posible; y tan palmaria verdad es ésta, que la comisión se ha visto en los mayores apuros para cercenar dos miserables millones... Estimo, por lo tanto, prudente aplazar tres demandas de créditos suplementarios, que se hallan en estudio. Un giro de fondos nos suministrará las cantidades necesarias, y más adelante quedará regularizada la situación.

El emperador asintió con un movimiento de cabeza. Parecía que no prestaba atención; con la mirada incierta, creeríasele como deslumbrado por la gran claridad que penetraba por la ventana de en medio, frontera á su persona. Tras de un nuevo silencio, todos los ministros dieron su aprobación, por de contado después de la del emperador. Durante un momento tan sólo se oyó un ligero rumor. Produciólo el guarda-sellos, que hojeaba un manuscrito de algunas páginas, que había abierto sobre la mesa. Consultó á sus colegas con una mirada, y dijo por último:

—Señor, aquí he traído el proyecto de una memoria referente á la creación de una nueva nobleza... No se compone todavía más que de simples apuntes, pero he creído que no estaría por demás, antes de madurar el proyecto, de leerlos en consejo, á fin de poder aprovechar todos los luminosos pareceres...

—Sí, lea usted, señor guarda-sellos—interrumpió el emperador.—Tiene usted razón.

Y medio se volvió para mirar al ministro de justicia, mientras leía. Animábase, y una amarilla luz brillaba en sus ojos grises.

La creación de una nueva nobleza tenía enton-



ces muy preocupada á la corte. El gobierno había empezado por someter al Cuerpo legislativo un proyecto de ley castigando con una multa y pena de prisión, á toda persona convicta de haberse atribuído, sin derecho alguno, un título nobiliario, cualquiera que fuese. Tratábase de ofrecer una sanción á los antiguos títulos y de preparar por tal modo la creación de otros nuevos. Semejante proyecto había suscitado en la Cámara una apasionada discusión; diputados devotísimos del imperio, habían puesto el grito en el cielo, afirmando que tal nobleza no podía existir en un Estado democrático; y, cuando se llegó á la votación, veintitres llegaron á declararse contra el proyecto. No obstante, el emperador acariciaba su ensueño. El era quien había indicado al guarda-sellos todo un vasto plan.

La memoria daba principio con una parte histórica. A renglón seguido, el futuro sistema venía expuesto con toda extensión; los títulos habrían de ser distribuídos por categorías de funciones, á fin de hacer accesible la nueva nobleza á todos los ciudadanos; combinación democrática que pareció entusiasmar sobremañera al guarda-sellos. Seguía por último un proyecto de decreto. Al llegar al artículo II, el ministro levantó la voz, hablando pausadamente:

—«El título de conde será concedido después de cinco años de ejercicio en sus funciones ó dignidades, ó después de haber sido nombrados por Nos grandes cruces de la Legión de honor: á nuestros ministros y á los miembros de nuestro consejo privado; á los cardenales, á los mariscales, á los almirantes y á los senadores; á nuestros embajadores y á los generales de división que hayan mandado en jefe».

Detúvose un instante, interrogando al emperador con la vista, como para preguntarle si no habría olvidado á alguien. Su Majestad, con la cabeza algo inclinada hacia el hombro derecho, pareció reconcentrar su atención; y murmuró por último:

—Estoy en que habrían de agregar los presidentes del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado.

El guarda-sellos movió vivamente la cabeza en señal de aprobación, y se apresuró á poner una nota al margen de su manuscrito. Después, en el momento en que iba á reanudar la lectura, fué interrumpido por el ministro de Instrucción pública y de Cultos, por tener una omisión que señalar.

—Los arzobispos...—empezó á decir.

—Perdone usted—dijo secamente el ministro de Justicia,—los arzobispos tan sólo deben de ser barones. Permítame usted que lea completamente el decreto.

No acertaba á coordinar las cuartillas de su manuscrito, y buscó por largo rato una página que sin duda se había traspapelado. Rougón, cómodamente arrellenado y con el cuello hundido en sus macizos hombros de campesino, se sonreía maliciosamente; y, al volver la cabeza, vió á su vecino el ministro de Estado, último representante de una antigua familia normanda, sonreirse también por modo desdeñoso. Entonces los dos encogiéronse ligeramente de hombros. El advenedizo y el gentil-hombre se habían comprendido.

—¡Ah! aquí está—repuso por último el guarda-sellos.—«Artículo III. El título de barón será concedido: 1.º A los miembros del Cuerpo legislativo que hayan sido honrados tres veces con la representación de sus conciudadanos; 2.º á los consejeros de



»Estado, después de ocho años de ejercicio; 3.º al »primer presidente y al procurador general del tribunal de cuentas, á los generales de división y á los »vice-almirantes, á los arzobispos y á los ministros »plenipotenciarios, después de cinco años de ejercicio en sus funciones, ó si han obtenido el grado »de comendador de la Legión de honor...»

Y continuó nombrando por el mismo consiguiente, á los primeros presidentes y procuradores generales de los Tribunales imperiales, á los generales de brigada y á los contra-almirantes, á los obispos, hasta á los alcaldes de cabeza de partido de primera clase... todos podían llegar á ser barones; tan sólo se les exigían diez años de servicio.

—A ese paso todo el mundo será barón—murmuró Rougón á media voz.

Sus colegas, que hacían como que le tenían por hombre mal educado, pusieron torcido gesto, para darle á entender que aquella broma la encontraban muy fuera de lugar. El emperador parecía como si no hubiese oído. No obstante, cuando la lectura hubo terminado, preguntó:

—¿Qué opinan ustedes del proyecto, señores?

Hubo un instante de vacilación. Se esperaba una interrogación más directa.

—Señor Rougón—repuso Su Majestad,—¿qué le parece á usted el proyecto?

—¡Pardiez, señor!—contestó el ministro del Interior sonriendo tranquilamente,—en mi concepto no puedo hablar en su abono en los mejores términos. Para mí ofrece el peor de los peligros, que es el ridículo. Sí, temería que todos esos señores barones no diesen pábulo á la risa. Y no pongo por delante los motivos graves, la idea de igualdad que priva en estos tiempos, el furor de vanidad que talmaño sistema desarrollaría...

Mas atajóle la palabra el guarda-sellos, quien con gran acritud y ofendido en su amor propio, emprendió su defensa como si se le hubiese atacado personalmente. Teníase por burgués, hijo de burgueses, incapaz por lo tanto de atentar á los igualitarios principios de la sociedad moderna. La nueva nobleza debía de ser una nobleza democrática; y esta frase «nobleza democrática», expresaba, á no dudarlo, tan perfectamente su idea, que estuvo repitiéndola, no una sino varias veces seguidas. Rougón replicó, siempre sonriendo y sin enfadarse. El guarda-sellos, hombre pequeño, de pocas carnes y negruzco de cara, concluyó por lanzar personalidades injuriosas. El emperador permanecía como extraño á la contienda; volvía á mirar, con lentos movimientos de hombros, la viva claridad que llegaba de la ventana que tenía en frente. No obstante, cuando las voces alcanzaron tesitura más elevada y se hicieron molestas para su dignidad, murmuró:

—Señores, señores...

Y después, tras de corto silencio, prosiguió:

—El señor Rougón tal vez tiene razón... El asunto no está bien estudiado aún. Será preciso examinarlo bajo otras bases. Ya se verá más adelante.

El consejo examinó á renglón seguido muchos asuntos de escasa monta. Hablóse sobre todo del periódico *le Siècle*, uno de cuyos artículos acababa de producir un escándalo en la corte. No pasaba semana sin que se suplicase al emperador, por los que le rodeaban, que suprimiese aquel periódico, único órgano republicano que sobrevivía. Pero Su Majestad, personalmente, mostrábase muy benévolo para la prensa, y se entretenía á menudo, en el secreto del gabinete, en escribir largos ar-



tículos contestando á los ataques contra su gobierno; su sueño no confesado, consistía en contar con un periódico suyo propio, en el que pudiese publicar manifiestos y entablar polémicas. De todos modos se convino en que aquel día sería enviada á *le Siècle* una advertencia.

Sus Excelencias tuvieron el consejo por terminado, lo que se veía por el modo como aquellos señores se mantenían sentados en el borde de sus sillones. Hasta el ministro de la Guerra, un general de aburrido ceño, que no había abierto la boca en toda la sesión, sacaba ya los guantes del bolsillo, cuando Rougón, acodándose con decisión á la mesa:

—Señor—dijo,—yo desearía informar al consejo de un conflicto que se ha suscitado entre la comisión de vendedores ambulantes y mi humilde persona, con motivo de una obra presentada á la estampilla.

Sus colegas volvieron á acomodarse en sus sillones. El emperador medio se volvió, con ligero movimiento de cabeza, para autorizar al ministro del Interior á que continuara.

Entonces Rougón entró en los detalles preliminares. Ya no se sonreía ni tenía su aspecto bonachón. Inclinado á la orilla de la mesa y con el brazo derecho barriendo el tapete con movimiento regular, refirió que había querido presidir en persona una de las últimas sesiones de la comisión para estímulo de los miembros que la componían.

Indiquéles las miras del gobierno acerca de las mejoras que podrían introducirse en los importantes servicios de que están encargados... La venta ambulante ofrecería graves peligros si, convirtiéndose en un arma en manos de los revolucionarios, acabase por resucitar las disensiones y los odios.

La comisión tiene por lo tanto el deber de rechazar todas las obras que fomenten y exciten pasiones que ya no son de los tiempos que alcanzamos. Acogerá, por el contrario, los libros, cuya honradez le parecerá inspirar un acto de adoración á Dios, de amor á la patria y de agradecimiento á su soberano.

Los ministros, no muy complacidos, creyeron, no obstante, que debían saludar al oír el último miembro de la frase,

—El número de los malos libros aumenta de día en día—prosiguió.—Es una marea creciente contra la cual no habría medios suficientes para proteger al país. De cada doce libros publicados los once y medio sólo sirven para arrojarlos al fuego. Este es el término medio. Los sentimientos culpables, las teorías subversivas, las monstruosidades antisociales, no encontraron jamás tantos cantores. A veces me veo en la precisión de leer ciertas obras. Pues bien, aseguro...

El ministro de Instrucción pública se aventuró á interrumpirle.

—Las novelas—dijo.

—Yo nunca leo novelas—declaró secamente Rougón.

Su colega hizo un gesto de pudibunda protesta, un rodar de ojos escandalizado, como para jurar que él tampoco leía en su vida novelas. Y se explicó diciendo:

—Sencillamente quería decir lo siguiente: las novelas son primera y principalmente un alimento envenenado, presentado á las curiosidades nocivas de la multitud.

—Es indudable—repuso el ministro del Interior.—Mas hay obras de igual manera peligrosas; me